
La migración internacional, un proceso humano atado al capitalismo global

“Es necesario analizar las armas de la conquista si queremos poder detenerla algún día. Porque las conquistas no pertenecen solo al pasado”.

Tzvetan Todorov

1. Las migraciones han acompañado el desarrollo del capitalismo

Aunque los flujos humanos no son una novedad del capitalismo, sí se fortalecieron con él. En efecto, las migraciones se vigorizan a partir del siglo XVI, luego del “descubrimiento” de América. Entonces se inicia aquel proceso de imposición comercial, dominación marítima y saqueo por parte de los países europeos. Fue la “etapa de acumulación originaria del

capital”, durante la cual también se fue conformando el sistema capitalista y los Estados modernos. La “disponibilidad” de tierras en el “nuevo mundo” y la imperiosa necesidad de colonizar “antes que el otro” dinamizaron los movimientos poblacionales.

Más allá de la expansión territorial y la acumulación de riquezas que implicaban dichos movimientos, tales flujos permitieron la progresiva propagación del capitalismo en todo el mundo. Este proceso se consolidó sobre todo mediante la dominación militar y mercantil -y por supuesto, política- que ejercieron las potencias europeas sobre América, África y Asia. Las migraciones registradas a partir de ese periodo y hasta la actualidad, principalmente se produjeron como resultado de la expansión capitalista, es decir la destrucción y reemplazo de economías no capitalistas, que generaron el traslado ya sea forzoso o voluntario de trabajadores y esclavos.

Plan Migración, Comunicación y Desarrollo:

Cáritas Española. Centro de Comunicación y Democracia. Fundacio Un Sol Món - Caixa Catalunya.

Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica – ALER. Comisión Episcopal de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana – CEPAS. Coordinadora de Radios Populares y Educativas del Ecuador – CORAPE. Fondo Ecuatoriano Populorum Progressio – FEPP. Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales - ILDIS/FES. Servicio Jesuita a Migrantes – SJM.

Con justeza anotan Carlos Pereda y Miguel Ángel de Prada (2004), que *“en primer lugar, más allá de explicaciones coyunturales como hacer depender las migraciones actuales de la etapa de globalización neoliberal, es preciso establecer un hilo conductor que relacione dichos flujos migratorios con la lógica salarial-social de revalorización del capital que constituye desde hace varios siglos el núcleo central y la matriz estructuradora principal de las relaciones sociales. En segundo lugar, y en coherencia con lo anterior, cualquier propuesta de transformación de las políticas migratorias que pretenda abordar los problemas de fondo que plantean las migraciones debe enmarcarse en el objetivo más general de los movimientos antisistémicos que persiguen transformar las bases del modelo capitalista en vigor”*¹

Entre los principales movimientos migratorios derivados de la expansión del capital se pueden mencionar los siguientes: el flujo colonizador desde Europa hacia el resto de continentes, conformado por soldados, comerciantes, marinos, mano de obra en general, incluso judíos escapados de la Inquisición, entre otros. Un segundo flujo, consistente en el tráfico de esclavos africanos para las colonias. Y un tercero, resultado de la prohibición del tráfico de esclavos: el flujo de mano de obra asiática (como reemplazo de la africana), en particular de India, China y Japón.

¹ Pereda y Prada; *Migraciones internacionales: entre el capitalismo global y la jerarquización de los Estados*, Cuadernos de Discusión, América Latina en el Sistema Mundial. Universidad de Alicante - ILDIS, 2004.

Otras migraciones internacionales relacionadas con la expansión del capitalismo, aunque ya no directamente con la colonización, fueron los flujos de trabajadores derivados de los procesos de industrialización, que convirtieron a los obreros en accesorios fácilmente reemplazables. Un ejemplo importante fue la tecnificación de la agricultura. En efecto, entre 1846 y 1932, más de 50 millones de campesinos y artesanos europeos emigraron hacia América, Asia y África debido a los efectos nocivos del proceso de industrialización, así como de problemas en la agricultura. Y un último desplazamiento poblacional que debe mencionarse es el de la migración permanente desde diversos puntos del planeta hacia EEUU que se explica, entre otras cosas, por el dinamismo de su economía, la que, a su vez, se benefició de ese enorme potencial humano.

Pero algunos flujos migratorios importantes tuvieron un origen distinto a la expansión del capital. Más bien fueron el resultado de problemas de tipo étnico-religioso, y más recientemente de tipo político-ideológico. Entre los principales ejemplos se puede mencionar la depuración étnica y religiosa realizada en España en 1492, con la expulsión de decenas de miles de judíos.



Si se deja de lado los flujos provocados por problemas religiosos o políticos, el grueso de las migraciones internacionales modernas ha sido una consecuencia de la progresiva mundialización del sistema capitalista. Justamente, el flujo de trabajadores impulsó el desarrollo del sistema, y facilitó la implantación de la lógica de mercado. Al mismo tiempo, se convirtió en un mecanismo reasignador de recursos, al orientar los excesos de fuerza laboral hacia los lugares requeridos, donde se hubiese implantado nuevos embriones del sistema.

Un ejemplo más reciente es la emigración forzosa de palestinos a partir de la creación del estado de Israel. Recuérdese que más del 70% de la población de Palestina fue expulsada de sus tierras, superando hoy los cuatro millones de personas. Así, agregando casos y casos, el número de refugiados políticos según el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados, asciende a 25 millones, y más de la mitad serían desplazados internacionales.

En la actualidad, gran parte de los movimientos migratorios se originan en el mal llamado “tercer mundo” y se orientan cada vez más hacia los países desarrollados, especialmente EE.UU. y la Unión Europea. Una de las razones fundamentales de estos flujos vendría a ser el incremento de la pobreza resultante entre otras cosas, de la aplicación de las contraproducentes políticas de ajuste estructural promovidas por el FMI y el Banco Mundial desde mediados de los 80.

Así, según un estudio de la OIT, entre 1970 y 1990 el número de países emisores de emigrantes habría pasado de 29 a 55, la gran mayoría pertenecientes al mundo empobrecido. Algunos ejemplos destacables serían Ecuador y Marruecos, como grandes emisores de emigrantes hacia la Unión Europea; México junto a varios países centroamericanos y caribeños como El Salvador, Guatemala y República Dominicana, entre los que habría que incluir al Ecuador, como grandes fuentes de migración hacia los EEUU. Para estos países pobres la migración ha actuado como una válvula de escape social, económica y política.



Encontramos una diferencia y una similitud peculiares entre los procesos migratorios derivados de la gestación del capitalismo, y los procesos actuales. Respecto a la diferencia, mientras los primeros flujos se dirigían hacia las colonias y se originaban en las grandes potencias o por lo menos, eran administrados desde las grandes potencias (caso del flujo de esclavos africanos), los flujos actuales se originan en las ex colonias (hoy el mundo subdesarrollado) y se orientan hacia las grandes potencias. En cuanto a la similitud, debe decirse que los flujos aún son administrados por las grandes potencias...

2. Las migraciones de la mano del capitalismo global

Las migraciones constituyeron un factor determinante en la expansión del sistema capitalista, lo dijimos. Esto no ha cambiado en la actualidad. En efecto, el papel de las migraciones aún consiste en facilitar la expansión del capital. Sin embargo, esta última puede presentarse de forma extensiva así como intensiva. La implantación del sistema en nuevos territorios puede considerarse como una forma extensiva, por cuanto implica la extensión geográfica del sistema. Por otro lado, la expansión del capital se torna intensiva cuando se produce una mejora cualitativa en su funcionamiento que amplía y profundiza su ámbito de influencia. Un ejemplo sobresaliente de una expansión intensiva del capitalismo fue justamente el proceso de industrialización que incrementó la eficiencia productiva del capital, facilitando, reafirmando y acelerando su implantación.

Y es que, en palabras de Carlos Pereda y Miguel Ángel de Prada, “el capital necesita expandirse para sobrevivir”. Una realidad anticipada tempranamente en 1848 por Carlos Marx y Federico Engels:

“La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y el consumo de todos los países espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, (...) recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes. (...) obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza”².

Sin embargo, es evidente que queda ya muy poco campo para la expansión extensiva del capital, pues el sistema se ha impuesto por todo el planeta. Por lo tanto en el presente, la expansión deberá ser fundamentalmente de tipo intensivo. Como se dijo, la expansión intensiva se logra mejorando la eficiencia productiva del capital. Tal mejora puede tomar diferentes formas, principalmente la reducción de costos laborales, y la inversión en nuevas tecnologías.

Pero la inversión tecnológica está sujeta a los avances científicos y no puede ser controlada a voluntad por los capitalistas, por lo que se la puede considerar como una variable exógena. Consecuentemente, la expansión del capital dependerá de la reducción permanente de los costos laborales. No obstante, no es sencillo llevar a cabo tal reducción en los países desarrollados, pues su propio desarrollo ha llevado el nivel de vida, y por ende los salarios y beneficios laborales, hasta límites considerablemente altos. Su disminución se dificulta debido a la rigidez de las regulaciones del Estado del bienestar. ¿Cómo se ha logrado entonces la reducción de costos laborales? El camino más eficiente hallado por el sistema ha sido el aprovechamiento, a través de las empresas transnacionales, de los menores costos laborales existentes en el mundo subdesarrollado, y su debilitamiento progresivo. Esto se logró esencialmente a través de dos procesos: la deslocalización industrial y la flexibilización de los mercados de trabajo.

La deslocalización. Se refiere al traslado de las industrias productivas desde los países desarrollados hacia los del mundo pobre. Un ejemplo interesante proviene de la gigantesca marca de ropa deportiva Nike, que emplea a menos de 300 obreros dentro del territorio estadounidense, pues el grueso de sus trabajadores se encuentra en el sudeste asiático. El objetivo es que las transnacionales se beneficien de los salarios más bajos de estos países, así como también de las facilidades fiscales otorgadas por sus gobiernos y el escaso y deficiente control del medio ambiente.

La flexibilización laboral. Consiste en la aplicación de reformas legislativas tendientes a empeorar las condiciones de trabajo. Entre las

² Marx y Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*. Editorial Progreso, Moscú, 1955.

medidas más conocidas están la flexibilización salarial, el incremento de los contratos temporales, la prolongación de la jornada laboral, la legalización de los despidos intempestivos, la contracción de las indemnizaciones, la obstaculización del acceso a las prestaciones sociales, entre otras.

Aunque la flexibilización laboral ha ido ganando terreno incluso en los países desarrollados, los niveles salariales allí son -como se dijo- relativamente altos. Esto dificulta la expansión del capital vía reducción de costos laborales. Por ello, la deslocalización industrial constituye la forma muy socorrida de lograrlo. Un aspecto que debe destacarse es que para asegurarse de que la deslocalización siga constituyendo una ventaja para ellas, las grandes potencias han impuesto la flexibilización laboral en los países subdesarrollados a través, por ejemplo, de las reformas estructurales exigidas desde el FMI y el Banco Mundial; proceso que se ahondará con el establecimiento del Área de Libre Comercio (ALCA) o con la suscripción de los Tratados de Libre Comercio (TLC). Así, en definitiva, el aprovechamiento de costos laborales inferiores ha incrementado la eficiencia productiva de las grandes potencias, dando lugar a una expansión intensiva del capital. Sin embargo, no todas las industrias ni todas las actividades laborales pueden ser deslocalizadas. Tres ejemplos destacados de esto son la agricultura, la construcción y los servicios domésticos y de limpieza. Cualquiera de estas actividades debe ser realizada en el mismo país y no puede ser deslocalizada. En efecto, no se puede cultivar los viñedos de Champagne desde Rabat, ni se puede

limpiar una vivienda milanesa desde Quito. A esto se debe agregar que, el elevado nivel de vida alcanzado en los países desarrollados ha propiciado una movilidad social intergeneracional ascendente que, entre otras cosas, implica un efecto bastante peculiar: en la actualidad hay labores que, por ser consideradas inferiores, los trabajadores del mundo rico ya no desean realizar. Estas actividades, con frecuencia, se caracterizan por presentar una menor remuneración que otras, menores requerimientos de formación académica y reducidas posibilidades de ascensión socioeconómica. Las actividades antes citadas constituyen buenos ejemplos de ello.

Pero una vez más, el capital necesita crecer para sobrevivir. Y justamente para esas industrias, la expansión del capital se logra gracias a la migración. En efecto, los inmigrantes llegan dispuestos a trabajar en cualquier rama, percibiendo remuneraciones inferiores, y se ubican en aquellas actividades para las que la mano de obra autóctona es insuficiente. Se trata de una deslocalización de la mano de obra barata, si se quiere. Así, las migraciones posibilitan el aprovechamiento de menores costos laborales en los países desarrollados, actuando como un dispositivo que permite la reproducción y la expansión intensiva del capital.

La difusión global de ciertos patrones de consumo, en una pirueta de perversidad absoluta, se infiltra en el imaginario colectivo, aún de aquellos amplios grupos humanos sin capacidad económica para acceder a ese consumo, manteniéndolos presos del deseo permanente de alcanzarlo. Si entonces la Iglesia era la encargada de preservar el conocimiento para proteger sus propios intereses, de mantener a las masas ignorantes, temerosas de los bárbaros y atadas a una

visión totalitaria de Dios, hoy son, en primer lugar, el FMI y el Banco Mundial las maquinarias de dominación economicista al servicio de las empresas transnacionales, contando para ello con el poder de dichas empresas, de los medios de comunicación global, de los gobiernos de los países ricos y por cierto también de los pequeños señores feudales elegidos periódicamente como presidentes de las repúblicas *fondomonetaristas* de inicio del siglo XXI. Recuérdesse que los grandes medios de comunicación, en un paralelismo con las prácticas inquisidoras del medioevo, marginan lo que no debe ser, al negar espacios para su publicación.

En ese contexto, el invento de la imprenta en 1450 fue una respuesta dialéctica renovadora, facilitó la transmisión escrita, abrió la posibilidad para masificar el conocimiento. Los libros asumieron el papel de medio de comunicación por excelencia y paulatinamente terminaron por derruir la autoridad de la Iglesia Católica medieval, a través de reformas formuladas entre otros por Martín Lutero, así como desde los diversos nacionalismos que enfrentaron a los poderes feudales. La misma secularización de las tierras de la Iglesia, donde se centraba su poder terrenal, fue una de las bases para el establecimiento de los Estados modernos, que a su vez fueron el eje para el surgimiento de la economía de mercado, a través de múltiples mecanismos como el apoyo a las expropiaciones forzosas o el establecimiento de los aranceles y los subsidios. De igual manera, en la actualidad hay claros esfuerzos por hacer creer a la humanidad que la historia ha finalizado, dada la supuesta implantación definitiva del mercado y la democracia, tal

como se plasma en las reflexiones derivadas de la visión terminal de Francis Fukuyama (1989). En la Edad Media, mientras unos pocos se enriquecían y disfrutaban de sus inmensos bienes, controlando el mundo conocido, hoy unos cuantos grupos transnacionales, aliados de y protegidos por los gobiernos de los países industrializados y con el soporte de unos cuantos organismos multilaterales, hacen lo mismo imponiendo sus condiciones en el globo.

¿Qué es lo que buscan en la actualidad? Dominio y control de las mayorías. ¿Cómo lo plasman? A través del miedo y de la inseguridad como en el medioevo. Si antes se buscaba controlar el alma ofreciendo el paraíso después de la muerte, hoy se quiere domesticar la mente ofreciendo el desarrollo luego del ajuste estructural. Si entonces la herramienta represora era la Inquisición, hoy para sostener “el pensamiento único”, el neoliberal, se recurre abiertamente al “terrorismo económico”, con el que los gobernantes y sus áulicos -los “fundamentalistas del mercado” (Stiglitz)- llevan a que la población adopte posiciones sumisas supuestamente inevitables, frente al mismo ajuste estructural de inspiración neoclásica, por ejemplo. A la ausencia de información de aquellos siglos se contraponen en la actualidad una avalancha de información, muchas veces manipulada, que perversamente elimina las capacidades para informarse realmente y, más todavía, para desentrañar lo que en esa realidad sucede. Se estaría recreando un oscurantismo de información sin conciencia y tecnología digital sin espíritu. Y quién sabe si llegará el día en que, a través de la manipulación genética, se pretenda construir una sociedad dominada por un grupo de seres humanos superdotados y de grandes mayorías para las que el conformismo sea la norma...

3. La gran paradoja de la globalización

Desde sus inicios el capitalismo ha tenido una orientación internacional marcadamente expansionista. No obstante, esta tendencia es perturbada de manera cíclica, dando paso a periodos sucesivos de globalización y desglobalización que modifican la intensidad de los flujos internacionales de mercancías, capital y mano de obra. Así, el expansionismo europeo durante la colonia favoreció la instauración de las bases de la actual división entre “centro” y “periferia”. Esto se dio a causa de la sobreexplotación de recursos (naturales y humanos) en regiones como América Latina y África, lo que permitió el enriquecimiento excesivo de los colonizadores y la consecuente pauperización y sometimiento de los colonizados.

Otro momento importante de expansión del capitalismo tuvo lugar desde finales del siglo XIX hasta el crack de Wall Street en 1929; realmente el período expansionista duró desde 1870 a 1914, hasta cuando empezó la Primera Guerra Mundial. En ese periodo, los flujos financieros internacionales, sobre todo en forma de préstamos en dinero, alcanzaron un volumen relativamente comparable al actual, de acuerdo con la capacidad de producción de aquella época. Los flujos comerciales tuvieron mucho menos barreras e interrupciones que las que experimentarían en décadas posteriores. Y, de igual manera, los flujos de mano de obra, fundamentalmente de campesinos europeos que migraron hacia América, Asia y África en busca de empleo y que lo hicieron con casi total libertad de movimientos, alcanzaron las proporciones

más importantes entre todos los flujos migratorios conocidos.

La actual fase, a través de sus resultados, demuestra que se está frente a un proceso que integra y desintegra a nivel global, esto es que globaliza y desglobaliza simultáneamente. Hay elementos que conforman una tendencia globalizante indiscutible, por ejemplo la fuerza global que tienen los grandes medios de comunicación. Hay problemas que se globalizan, por ejemplo el recalentamiento de la atmósfera o el deterioro de la capa de ozono. Y hay ciertos factores que también demuestran una clara tendencia globalizante, aunque su cristalización mundial resulta imposible, por ejemplo la difusión global de ciertos patrones de consumo, los cuales, en una pirueta de perversidad absoluta, se infiltran en el imaginario aún de aquellos grupos humanos sin capacidad para acceder a ese consumo. Además, la globalidad como meta, si se extrapola la tendencia global, resulta hasta imposible, pues, simplemente desde una perspectiva ecológica, es irreplicable a nivel mundial el estilo de vida de los países más ricos e incluso el de las elites más acomodadas en el mundo subdesarrollado. Desde todas estas perspectivas resulta imposible negar la existencia de la “globalización” y tampoco es conveniente hacerlo. Sería como negar a los terremotos, cuando ese no es el problema; todo el mundo está en contra de los terremotos, acota José María Tortosa, pero la verdadera decisión política no es negar su existencia, sino construir casas resistentes a los sismos y tener planes de seguridad civil.

El término “globalización”, sin embargo, implica una diversidad de lecturas. Una de las cuales resulta preocupante, en tanto ha sido apropiada ideológicamente por el neoliberalismo

para cobijar su desvalorizado instrumental y sus irracionalidades prácticas, por demás necesarias para recrear la división internacional del trabajo en función del capital global y en especial para darle aliento a una economía financiera que ha subordinado a la actividad productiva. Proceso identificado ya por Xavier Gorostiaga en 1978, cuando demostró que *“los centros financieros sólo adquieren su interpretación correcta y precisa dentro del fenómeno de globalización y transnacionalización de la economía capitalista”*³; una identificación oportuna que desbarata la ingenua interpretación que pretende ver a la “globalización” como un fenómeno reciente, propio del mundo empresarial o como un simple producto de los avances tecnológicos.

De todas maneras hay que reconocer que desde la perspectiva de que todo se globaliza -vendida por los defensores del “pensamiento único”-, la palabra globalización se ha convertido en un término de moda. Según Franz Hinkelhammert, *“la globalización nos dice que el mundo es un globo, y que lo es cada vez más. Desde hace mucho tiempo se sabe que el mundo es redondo. (...) El mundo se globalizó y se hizo más redondo de lo que ya era para Copérnico. Toda la historia posterior puede ser escrita como una historia de globalizaciones subsiguientes, que hicieron más redonda la tierra en el grado en que revelaron cada vez nuevas dimensiones de esta redondez”*⁴.

³ Gorostiaga. *Los centros financieros internacionales en los países subdesarrollados*, ILET, México, 1978.

⁴ Hinkelhammert. *Los derechos humanos en la globalización – La limitación del cálculo de utilidad*,

Entonces, siempre de la mano de Hinkelhammert, la *“globalización era más bien una palabra marginal. Sin embargo, en nuestro tiempo designa una nueva etapa de esta redondez de la tierra, que se distingue de una manera completamente nueva de las anteriores. De una manera compulsiva esta vez, estamos tomando conciencia del hecho de que la tierra es un globo”*⁵. Y fue la explosión de la bomba atómica el hecho que confrontó al ser humano con una perspectiva global -una perspectiva global destructiva- en tanto apareció un arma capaz de poner en riesgo la vida de toda la humanidad. Una forma brutal de crear conciencia de globalidad de la vida humana... Esta globalidad podría ser el punto de partida para darle un contenido diferente a otra globalización sin comillas, disputando, en definitiva, su significado y su orientación. Lewis Carroll sintetiza este empeño en palabras de Humpty Dumpty: *“Cuando yo uso una palabra, esa palabra significa lo que yo quiero que signifique”*⁶. Eso lo saben hacer muy bien los que imponen las reglas del *Juego Global* (Tortosa).

Desde la vertiente pro “globalización”, reflejada en la pretensión de forzar el proceso globalizante para no ser marginados por ella, se desemboca en una suerte de ilusión global, en un espejismo global. Pensar que la actual “globalización” va a beneficiar a todos los habitantes del planeta por igual es una quimera, menos aún cuando la “globalización” es instrumentada como una simple careta del neoliberalismo.

Revista Fe y Justicia No. 2, Compañía de Jesús, Quito, junio de 1997.

⁵ *Ibíd.*

⁶ Tortosa. *El juego global – Mal desarrollo y pobreza en el capitalismo global*, Icaria, Barcelona, 2001.

En la etapa actual del capitalismo globalizante, se han intensificado tanto el comercio como las inversiones financieras entre países; proceso que se ha estructurado en torno a las empresas transnacionales, los grandes centros financieros y los principales organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización Mundial de Comercio. El poder económico de las transnacionales, con base en unos pocos Estados (fundamentalmente EEUU, la Unión Europea y Japón, China recién empieza a disputar espacios de hegemonía global), ha permitido la conformación de una nueva clase dominante, con carácter transnacional, capaz de tomar decisiones políticas y económicas que afectan a toda la humanidad.

4. Migración, expansión del comercio e inversiones

A lo largo del siglo XX el comercio internacional se aceleró progresivamente, como lo describen con claridad Carlos Pereda y Miguel Ángel de Prada. De un crecimiento anual del 4% en las primeras décadas, pasó a 6% en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y alcanzó el 7,5% anual a partir de 1985. Tal aceleración se vuelve aún más significativa si se considera que el crecimiento económico mundial por persona ha seguido un ritmo decreciente en los últimos 50 años: de un 4% anual en la década de los sesenta, pasó a un 2,4% en los setenta, luego a 1,3% en los ochenta y a un escaso 0,8% en los noventa.

La internacionalización productiva y comercial se llevó a cabo a través de transnacionales que experimentaron un gran crecimiento desde los años sesenta. El proceso se inició por parte de algunas grandes empresas de EEUU que decidieron invertir y montar filiales en otros países, gestionadas desde una matriz. La desaceleración del ritmo de crecimiento de la economía mundial no ha afectado a estas empresas, cuya participación en el PIB mundial ha pasado del 17% en los sesenta, a más del 30% en los noventa.

Al iniciarse el siglo XXI el número de empresas transnacionales se estima en cerca de 50.000 y de ellas depende directamente el 70% del comercio mundial (entre la tercera parte y la mitad de éste consiste en transacciones internas entre las propias transnacionales). El volumen de operaciones de las compañías más grandes supera el presupuesto de la mayor parte de los Estados. Además, la forma de organización de las empresas transnacionales ya no se limita a crear filiales en otros países, sino que se utilizan otros mecanismos como franquicias, convenios de transmisión de tecnología o aprovisionamiento de productos, lo que permite mantener el control a través de la dependencia, sin ser propietarios.

La introducción de nuevas tecnologías, en especial en informática y telecomunicaciones, permite tomar decisiones de forma instantánea sobre los procesos de producción y comercialización en cualquier lugar del mundo. Gracias a tales adelantos, los costos de la información se han reducido sustancialmente: una llamada telefónica por minuto entre Europa y América ha pasado de 300 dólares en 1930 a 1 dólar en 1990 y a algunos centavos en la actualidad. La Internet se



El modelo de crecimiento del capitalismo global ha intensificado el **deterioro ecológico** por las agresiones medioambientales sobre el clima y las condiciones de vida en el planeta (desertización asociada al cambio climático, contaminación atmosférica, agujero en la capa de ozono, etc.). Además se presenta un progresivo agotamiento de recursos naturales escasos (como bosques, petróleo y diversos minerales). Los especialistas destacan que mientras los países del centro son los mayores consumidores y contaminantes, los de la periferia son los que más sufren los efectos de desertización y contaminación ambiental. Por otra parte, se presenta la latente amenaza a la supervivencia de **culturas minoritarias** por efectos de la pérdida del hábitat que las sustentan debido a actividades económicas como tala de bosques, explotación del petróleo, etc.

extiende rápidamente, pero de forma muy desigual, lo mismo que ocurre con la distribución de la comunidad científica internacional. De acuerdo a estimaciones de Naciones Unidas, al inicio del siglo XXI todavía la mitad de la población no ha realizado una llamada telefónica; incluso hay estudios que dicen que al finalizar el presente siglo un 50% de los habitantes del planeta no tendrá todavía acceso a la Internet... Esta distribución tan disímil es lo que se denomina la *brecha digital*.

Por otro lado, cuando los grandes capitales del centro dirigen la inversión productiva hacia la periferia o la semi-periferia (como las llamadas “zonas francas”), se produce la ya mencionada deslocalización industrial. Las transnacionales aprovechan los salarios más bajos de los países de la periferia y las facilidades que dan sus gobiernos en materia fiscal y de control ambiental. Sin embargo, como

subraya Miren Etxezarreta “*el que las empresas transnacionales inviertan en el mundo entero no quiere decir que las condiciones del mundo se igualen. Al contrario, se trata de aprovecharse de la diferencia. Y los países pobres siguen siendo pobres (con algunas pocas excepciones que crecen) y los ricos mucho más ricos. Y en todos los países los propietarios de los grandes capitales son cada día más ricos y hay cada día más pobres*”⁷. Además, mediante la deslocalización, las compañías transnacionales utilizan la amenaza de instalarse en otro país para que los trabajadores de los países de la periferia se hagan la competencia entre sí, y acepten las condiciones que les imponen las empresas.

La flexibilización laboral ha ido ganando terreno en todos los países desarrollados, con momentos de mayor intensidad como la etapa del presidente Ronald Reagan en EEUU, o de la primera ministra Margareth Thatcher en Gran Bretaña. Esto ha coincidido con la crisis del Estado keynesiano y la instauración de un modelo neoliberal de relaciones laborales; lo que, en la práctica, se traduce en continuas reformas legislativas que tienden a flexibilizar a la baja las condiciones de trabajo: incremento de los contratos temporales (cada vez de más corta duración), despido libre o muy barato, acceso más difícil y menor cobertura de las prestaciones por desempleo y jubilación, medidas encaminadas a privatizar y encarecer la educación, las pensiones, etc. En los países subdesarrollados este tema de la “flexibilización” laboral es más complejo, en medio de estructuras sociales carentes de mecanismos de protección social y laboral, que mal o bien todavía funcionan en el Norte.

⁷ Citado por Pereda y de Prada, Op. Cit.

Las inversiones transnacionales han experimentado un crecimiento mucho mayor que el comercio, sobre todo después de la desregulación financiera que tuvo lugar en los años setenta. Hasta entonces las transferencias de dinero entre países estaban controladas por sus respectivos bancos centrales que limitaban las inversiones financieras en el exterior. Pero entre 1971 y 1973, se puso fin al sistema monetario de cambios fijos establecido en Bretton Woods, dejando flotar libremente las monedas y facilitando su circulación.

De este modo, la proporción de capitales foráneos en los mercados financieros pasó del 5% en 1960 al 40% a comienzos de los noventa, con tendencia a seguir creciendo.

Por otra parte, el capital invertido en valores y obligaciones de bolsa creció durante los noventa a un ritmo nueve veces mayor que la producción: mientras el PIB

mundial entre 1990 y 1999 pasó de 22,2 a 29,2 billones de dólares (un aumento de 32%), el volumen de capital invertido en los mercados bursátiles pasó de 9,3 a 36,0 billones (un incremento de 287%). Al igual que las empresas transnacionales, los mercados de valores se concentran en algunos países, sobre todo en EEUU donde se ubicaba en 1999 el 46,2% de los fondos de valores de todo el mundo (fundamentalmente en la bolsa de Nueva York). Si al volumen de capitalización de EEUU se añade otros cuatro países (Japón, Gran Bretaña, Francia y Alemania), se alcanza el 75% del capital mundial invertido en bolsa.

Un punto crítico de los flujos financieros internacionales es el relativo a la deuda externa. En los últimos años los países de la periferia tuvieron que pagar anualmente unos 250.000 millones de dólares por servicio de la deuda, una cantidad cinco veces mayor de la que recibieron ese mismo año en Ayuda Oficial al Desarrollo (50.000 millones). Por otra parte, debido a los elevados intereses de los acreedores, se estima que entre 1982 e inicios del nuevo milenio los países del Sur han devuelto ya una cifra que es cuatro veces mayor de la percibida inicialmente.

Al inicio del siglo XXI, los efectos de las políticas de ajuste en la mayoría de los países de la periferia han sido menos que decepcionantes: la deuda se mantiene como un problema insoluble -y se sigue pagando-, el crecimiento es nulo o débil y siempre dependiente, el precio de muchas materias primas ha vuelto a caer bruscamente y, sobre todo, los incrementos que registrados en las exportaciones no se reflejan en una recuperación del producto y menos aún en una redistribución del ingreso, las desigualdades sociales y la pobreza al interior



El pago de la deuda ha supuesto para muchos países, la pérdida de autonomía económica y política al tener que pasar a depender de los criterios neoliberales fijados por los organismos internacionales. En efecto, a partir de 1982 y bajo la dirección del FMI y el Banco Mundial, se pusieron en marcha los planes de ajuste estructural, que llegaron a considerarse imprescindibles para obtener nuevos créditos y renegociar la deuda externa. Tales planes exigían, entre otras cosas, los siguientes requisitos: liberalizar el comercio (interno y externo) y el sistema financiero del país; desregular y flexibilizar el mercado de trabajo; y reducir el tamaño del Estado, eliminando subsidios, privatizando las empresas públicas y reduciendo el personal y las funciones del sector público.

de los países subdesarrollados y entre éstos y los países centrales se han agudizado. Las relaciones de intercambio a nivel internacional enriquecen al centro y empobrecen a la periferia. En efecto, en las dos décadas en la que se han aplicado las políticas de ajuste estructural para reducir la deuda externa, los países pobres se han empobrecido cada vez más.

Otros efectos de la globalización neoliberal han sido las crisis financieras periódicas que han afectado a diversos países como México, los del Sudeste asiático, Rusia, Turquía, Ecuador, Brasil, Argentina, Ecuador... Cuando los capitales salen del país, la confianza en el sistema financiero cae abruptamente, se reduce el crédito a las empresas y disminuye la producción. Los efectos sociales son: inflación disparada, crecimiento del desempleo, deterioro de los servicios sociales e incremento de las presiones migratorias.

6. Flujos humanos en un contexto de “globalización”

Aunque no existen estadísticas fiables sobre el número de emigrantes que hay en el mundo, algunos organismos internacionales estiman que al iniciarse el siglo XXI, el número de personas que viven fuera del país donde nacieron alcanza entre los 150 y los 180 millones. Esta cifra corresponde tan sólo a un 2,5 o a un 3% de la población mundial (6.000 millones en el año 2000), proporción que es prácticamente igual a la representada por los 80 millones de emigrantes

internacionales estimados al año 1970, cuando la población mundial era de 3.500 millones. Por tanto, en el cómputo global se trata de un fenómeno de alcances bastante limitados y se puede afirmar que desde el punto de vista cuantitativo la migración internacional es la excepción, no la regla, entre los grupos humanos. Dicho de otro modo, si hay que investigar cuáles son las razones de los flujos internacionales de población, todavía es más necesario explicar por qué no se producen flujos mucho mayores, pues lo lógico sería -a primera vista- que estos flujos migratorios sean mucho mayores dadas las crecientes desigualdades entre los países, la aceleración de los flujos mercantiles y financieros, así como resultado de la globalización de los medios de comunicación. Hay que resaltar el hecho de que los procesos migratorios internos son otro elemento que merece ser analizado con detenimiento, tanto para comprender mejor lo que sucede dentro de un país, como para tener mejores elementos de juicio al momento de estudiar las consecuencias de las migraciones internacionales.

La expansión del capital ha implicado, entre otras cosas, la quiebra paulatina de culturas económicas no capitalistas y el traslado forzoso o voluntario de trabajadores hacia sectores productivos para el capital. En muchas ocasiones, los flujos de población han seguido a las inversiones y éstas se han orientado hacia aquellos espacios y sectores donde podían obtener mayores beneficios. En otros casos, sin embargo, las inversiones han tenido el efecto contrario, como ocurre en la agricultura y el artesanado tradicional, sectores en los que la tecnificación del trabajo incrementa la productividad y da lugar a un excedente de mano de obra que se ve

obligada a emigrar o bien a formar parte de la bolsa de “inactivos” y desempleados.

En el ámbito de las migraciones, siguiendo nuevamente a Carlos Pereda y Miguel Ángel de Prada, o consultando también en José Antonio Alonso⁸, los Estados adoptan políticas de emigración e inmigración en función de cuál sea su posición e intereses dentro del sistema internacional. La creciente brecha Norte-Sur estimula las condiciones que inducen a emigrar a muchas personas en países de la periferia (falta de oportunidades laborales, recurrentes crisis, inestabilidad, pérdida de futuro, pesimismo político, etc.), pero a la vez, se frena la inmigración en los países del centro por causa de la xenofobia inducida por el miedo de la mayoría de la población a que la apertura suponga una disminución de salarios, prestaciones sociales y condiciones de vida en general.

La expansión del capitalismo a lo largo de los últimos siglos ha supuesto la desaparición paulatina de otras formas de producción no capitalistas, ya fuera el modo de producción feudal que prevalecía en Europa o las diversas culturas económicas existentes en otras partes del mundo. Kart Polanyi, en forma magistral, describió a mediados del siglo XX esta expansión como la “gran transformación” de las sociedades capitalistas, en la medida que se tiende a comprender a la economía como mercado, y al trabajo como empleo.

Con el fin de disponer de elementos que permitan comprender de mejor manera el proceso migratorio global -tomando la

información de Pereda y de Prada- a continuación se mencionan algunos de los principales flujos migratorios internacionales que han tenido lugar en los últimos siglos, coincidiendo con el despliegue del capitalismo, la formación de los estados modernos y la globalización de la economía. Los países europeos con más inmigrantes en el siglo XIX fueron aquellos que iniciaron antes su desarrollo industrial: a Inglaterra llegaron irlandeses y judíos rusos; a Alemania polacos, ucranianos, italianos, belgas y daneses; a Francia arribaron inmigrantes desde Italia, Bélgica, Alemania y Suiza. En varios de estos países los trabajadores inmigrantes superaban el 10% de la mano de obra al iniciarse el siglo XX.

La expansión del capitalismo a nivel internacional tuvo como principal vía de penetración la dominación política, militar y mercantil que ejercieron las potencias europeas sobre América, Asia y África a partir del siglo XVI. La colonización estuvo acompañada por importantes desplazamientos migratorios. Los desplazamientos respondían tanto a una dominación política (dependencia de la metrópoli), como económica cada vez más regida por la lógica capitalista. En la época colonial se pueden distinguir al menos tres grandes flujos migratorios.

1. Poblaciones europeas desplazadas hacia el resto de continentes: soldados, comerciantes, marinos, clérigos, administradores políticos y mano de obra en general. Su importancia fue mucho menos cuantitativa que cualitativa, debido a los cambios económicos y culturales que introdujeron en las sociedades de destino. Los contingentes más importantes partieron de las islas británicas, la península ibérica, los Países Bajos y Francia, es decir, de aquellas

⁸ Alonso. *Emigración, pobreza y desarrollo*. Editado por La Catarata - Comunidad de Madrid, 2004.

sociedades que ostentaban el poder político y el control de las rutas de navegación internacionales. Los destinos principales fueron las colonias de América, Oceanía y África. Estos flujos establecieron rutas y redes sociales que sirvieron de base para nuevas corrientes migratorias a partir de la era industrial y el inicio del proceso descolonizador. En el caso de España, las migraciones hacia América rondaron el cuarto de millón de personas en los siglos XVI, XVII y XVIII para pasar a unos 4 millones en el siglo XIX.

2. El tráfico de esclavos desde África hacia las nuevas colonias, fundamentalmente para ser empleados en minas y grandes plantaciones que, a través del comercio internacional, fortalecieron el poder económico y político de Reino Unido y Francia. La esclavitud es muy antigua en la historia de la humanidad pero bajo el capitalismo cambió su función. Los imperios emergentes la utilizaron para reforzar la construcción de un mercado mundial dominado por el capital. Así, el “trata de negros” se estableció como parte del intercambio mercantil internacional: los barcos salían cargados de mercancías desde puertos europeos, en África las cambiaban por esclavos, y en América intercambiaban la carga humana por dinero, con el que compraban productos de las plantaciones que llevaban para vender en Europa. En 1770 había unos 2,5 millones de esclavos en las Américas, que producían un tercio del valor del comercio europeo. Hasta la prohibición formal del tráfico, alrededor de 1850, fueron transportados entre 10 y 15 millones de esclavos.

3. Trabajadores “aprendices” bajo contratos de cuasi-servidumbre. Este tipo de migración surgió a partir de la prohibición del tráfico de esclavos. Las necesidades de mano de obra para la expansión capitalista en América, basadas en la utilización extensiva de trabajadores en plantaciones y minas, fueron satisfechas mediante el sistema de contratación masiva de trabajadores, reclutados a veces por la fuerza o el engaño, obligados a trabajar en condiciones muy severas. La fuente principal de mano de obra se trasladó desde África a Asia. Las zonas de origen más destacadas fueron India, China y Japón. El flujo comenzó alrededor de 1820, con el empleo de trabajadores de la India en las colonias británicas; se extendió luego hacia las plantaciones del Caribe (Guayana, Trinidad, Jamaica y otras islas). Los trabajadores de origen chino se incorporaron alrededor de 1840, con destino a EEUU, Australia y las colonias europeas del sudeste asiático; el flujo desde Japón fue más tardío y su volumen menor, comenzó en 1868 hacia EEUU y a finales de siglo con destino a Brasil y Perú.

Otra migración internacional relacionada con la expansión del capitalismo, aunque no directamente con la colonia, ha tenido que ver con los movimientos de trabajadores originados a partir de la industrialización y la paralela tecnificación de la agricultura. En su mayor parte estos flujos han tenido lugar al interior de cada país (migraciones internas), pero también ha habido importantes movimientos de trabajadores a nivel internacional. Las migraciones exteriores entrarían en juego asumiendo el papel de contención de los salarios gracias a una oferta constante de mano de obra. Históricamente las migraciones desde áreas rurales o con población excedente hacia zonas de

concentración industrial y de servicios, han tenido mucha importancia. A continuación se presentan algunos ejemplos.

La emigración de campesinos y artesanos europeos desempleados hacia América, Asia y África: Más de 50 millones de personas emigraron entre 1846 y 1932 a consecuencia del proceso industrial y de urbanización en el viejo continente. Estas migraciones internacionales de trabajadores fueron un elemento clave en la constitución del mercado capitalista mundial. Los principales flujos se dirigieron hacia América y otros menores hacia colonias africanas y asiáticas.

La inmigración en los países europeos centrales después de la Segunda Guerra Mundial como consecuencia del auge económico de los países centrales de Europa entre 1948 y 1973. En general, fue una migración promovida por los países receptores: además del reclutamiento directo organizado por organismos estatales, se establecieron acuerdos bilaterales y multilaterales entre varios gobiernos. Reino Unido, Bélgica, Francia, Suiza, Holanda, Luxemburgo, Suecia y la República Federal Alemana utilizaron este sistema que experimentó una expansión. Se trataba, en principio, del reclutamiento temporal de trabajadores extranjeros de países próximos y luego de países cada vez más distantes, en una suerte de círculos concéntricos en expansión.

Desde los países de la periferia europea se dirigieron hacia Europa central y septentrional dos millones de italianos y de españoles, más de un millón de portugueses y turcos, millón y medio de

yugoslavos, medio millón de griegos y de irlandeses y más de 400.000 finlandeses. Como afirma C. P. Kindleberger, citado por Pereda y de Prada, el desarrollo europeo de posguerra, por ejemplo el “milagro alemán”, se habría bloqueado de no haber contado con esta oferta abundante, flexible y barata de mano de obra extranjera.

La inmigración permanente en EEUU, Canadá y Australia: la escasa densidad de población de estos estados y su floreciente economía han sido un polo de atracción, en primer lugar para los migrantes europeos y desde los años sesenta para los procedentes de otros países. Los flujos migratorios hacia EEUU volvieron a ser intensos después de la segunda guerra mundial, primero desde Europa y después desde Asia y América Latina. Entre 1983-1993 entraron al país 9,8 millones de residentes permanentes de los cuales sólo un millón procede de países europeos (desde 1990 ex soviéticos y polacos principalmente). Entre 1994 y 1999 los residentes nacidos en el extranjero se incrementaron en 5,5 millones, pasando de 22,6 a 28,1 millones (incremento anual del 4,5%), a los que habría que añadir los extranjeros “sin papeles” que, a partir del Censo del año 2000, se estiman entre 7 y 9 millones de personas.

Ya en la actual etapa de capitalismo global, entre 1980 y 1995, varios países del sudeste asiático experimentaron el mayor crecimiento económico del mundo, gracias a las inversiones de capital internacional. Ello supuso que, junto a los flujos financieros y comerciales aumenten las migraciones, hasta el punto de que entre 1991 y 1995 los saldos migratorios anuales superaron el millón de personas procedentes de otros países asiáticos (Filipinas, China, Tailandia,

Indonesia, Sri Lanka...). Sin embargo, la crisis financiera iniciada en 1997 supuso un freno a estos flujos, e incluso expulsiones masivas en países como Corea del Sur, Malasia y Brunei. Otro polo de atracción de trabajadores inmigrantes constituyen los ricos países petroleros del Golfo Pérsico o Golfo Árabe.

La emigración temporal de ejecutivos y profesionales de empresas transnacionales también merece algún comentario. Este flujo, cuyo número crece con la internacionalización de la producción, el comercio, las finanzas y las

comunicaciones, tiene como principales lugares de origen y de destino países del centro. Aunque la estancia sea corta, el impacto económico y cultural es importante, tanto para el país receptor (influencia de los ejecutivos transnacionales en las elites locales) como para el de origen (por ejemplo, los cambios culturales en Japón originados por ejecutivos retornados). La mayor parte de estos migrantes proceden de EEUU, Japón y países de la Unión Europea; sus destinos principales están en algunas ciudades centrales de estos mismos países y, en menor medida, en países del Sur donde se radican filiales de empresas transnacionales.

El presente texto fue desarrollado a partir de “Migraciones internacionales: entre el capitalismo global y la jerarquización de los Estados” de Carlos Pereda y Miguel Ángel de Prada (Cuadernos de Discusión, América Latina en el Sistema Mundial. Universidad de Alicante - ILDIS, 2004), así como del trabajo “Consideraciones sobre la globalización y el hecho migratorio en el Ecuador de hoy” de Martha Rodríguez Albán, que obtuvo el 3er Premio en el “1er Concurso Universitario de Investigación sobre los Efectos y las Perspectivas de la Emigración en el Ecuador. Convocatoria 2004”, organizado por el PMCD y la Fundación “El Universo”.

El Plan Migración, Comunicación y Desarrollo no asume como propias las opiniones, información y datos expuestos en este trabajo.



Coordinador en Ecuador:

Mario Cadena. FEPP

Coordinador en España:

Paco Aperador. Cáritas española

Comité de Coordinación:

Vicente Martínez. Cáritas española

Gisela Dávila. CORAPE

Janete Ferreira. CEPAS

Luis Dávila. ALER

Paola Moreno. SJM

Alberto Acosta. ILDIS - FES

Redacción:

Martha Rodríguez

David Villamar

Producción editorial:

Mauricio Burbano

Colaboración:

Susana López Olivares

Coordinación de las Cartillas:

Alberto Acosta

Director del ILDIS -FES:

Michael Langer

Impreso en:



Esta publicación contó con el auspicio de la Agencia Española de Cooperación Internacional – AECI

* * *

Todas las publicaciones de la serie “Cartillas sobre Migración” están disponibles en:

<http://www.migrantesenlinea.org> y <http://www.ildis.org.ec>
